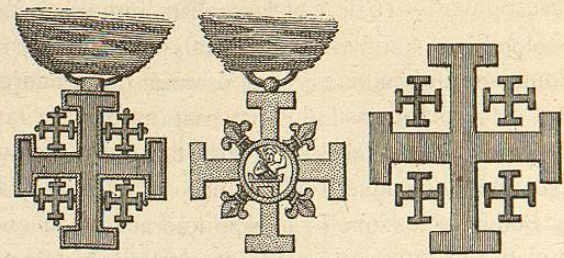


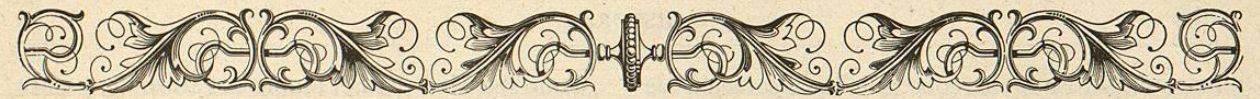
Centro, pero no el Washington del mundo. Este pertenece á los Estados- Unidos.

Mas adelante, cuando conozcamos la obra entera de Bolivar, será ocasión de volver á hablar de su paralelo entre Bolivar y Washington que aun hoy tiene quien lo escriba en Francia en donde continúa

siendo un ideal, una nación sometida al despotismo militar de un hombre ó de un gobierno. El jacobinismo, y sólo el jacobinismo hará de Bolivar su hombre; la libertad le agradecerá sólo lo que hizo para arrancar á los pueblos del Centro América al absolutista gobierno de España.



Orden del Santo Sepulcro



## CAPITULO L

### MEJICO

Independencia de Méjico y de la América central.—Actitud de las Cortes delante de la cuestión americana.—Los partidos políticos en Méjico.—El emperador Agustín.—Disolución del Congreso.—Caída y destierro del emperador.—Regreso y muerte de Iturbide.

**M**ÉJICO iba á conseguir su independencia por caminos bien distintos de los recorridos por Buenos Aires, Chile y Colombia.

Si bien es cierto que en Colombia no se vió durante mucho tiempo claro sobre si le convenia organizarse en república ó monarquía, Bolivar no vaciló en marchar por el camino republicano fuera ó no de su preferencia, convencido de que sólo por él se podía llegar á la independencia y reorganización del país.

¿Qué sucede en Méjico?

Apodaca, cuando supo el cambio de gobierno ocurrido en España con la revolución de Riego, quedó tan desconcertado, como lo hubiera quedado si en vez de mandar en Méjico, hubiese mandado otra cualquiera provincia española del continente europeo.

Devoto, fanático, absolutista, no veía en la revolución española más que la obra de la impiedad; así, cuando el infame Fernando VII le escribió diciéndole que procurase preservar á Méjico de toda Constitución, Apodaca se dispuso á cumplir las órdenes de su amo, por más que obrando así, desorganizara la defensa y levantara de nuevo la abatida causa revolucionaria.

Sólo Guerrero, activamente perseguido, se mantenía aún en armas, pero el caudillo mejicano no podía hacerse ilusiones y sus días eran contados; mas por fortuna el virey Apodaca vino en su auxilio, y separó del mando de las tropas al general Armigo, conocido por constitucional, y de quien temía que no le obligase á proclamar la Constitución al frente de sus soldados.

Dió Apodaca las tropas de Armigo á Agustín Iturbide, deseoso de emular las glorias de Bolivar y San Martín.

Iturbide había abandonado las filas del ejército español, desde las cuales tanto daño había causado á sus compatriotas con su enérgica conducta militar y sus crueldades de fiera, á consecuencia de las denuncias que sobre sus inmoralidades habían presentado las principales familias de Queretaro y Guanajuato. Como las denuncias eran ciertas, Iturbide no tuvo más remedio que retirarse, viviendo desde entonces en la capital con lo más perdido, mientras en su inquieto espíritu urdía un plan revolucionario.

Sabía de cierto que un día ú otro Apodaca le prendería su vida licenciosa, y, en efecto, este día llegó, y sometiéndose á las órdenes ó consejos del virey, fué á encerrarse en el convento de la Congregación de San Felipe Neri, en donde hizo una pe-



nitencia rigurosa para conseguir la absolución de sus pecados, que le fueron ya perdonados en la tierra por el piadoso Apodaca que le devolvió el mando de las tropas, como hemos dicho, y el encargo de la persecución de Guerrero.

Decidido Iturbide, se fué desde luego derecho al bulto, y escribió á Guerrero una carta hábil proponiéndole que fraternizase con él, pero sin hablar claro, de modo que Guerrero, caso de que hiciera uso de aquella carta, sólo pudiera publicar una proposición de indulto. Guerrero, con ó sin intención, avisado ó no, interpretó bien la carta, y le propuso á Iturbide que se pusiera al frente de los patriotas, y como esta proposición era la que Iturbide esperaba, Guerrero y él se vieron á últimos de Enero de 1821 y se pusieron de acuerdo.

Iturbide se presentó en Iguala el 24 de Febrero y allí hizo público lo que se dió en llamar el plan de Iguala, que evidentemente fué elaborado durante la rigurosa penitencia de San Felipe Neri.

Este plan consistía en transformar Méjico en una monarquía limitada, cuya corona *imperial* se ofrecería al rey Fernando VII ó á uno de sus hermanos, y caso de renunciarla, se ofrecería á un miembro de alguna de las familias reinantes. La religión católica continuaba siendo la religión del Estado con exclusión de toda otra, se abolían todas las distinciones entre mejicanos y españoles, y se prometía conservar en sus puestos y dignidades á todos cuantos se adhirieran al plan de Iguala.

Este plan que hoy hace reír, estaba tan bien calculado, que triunfó sin dispararse un tiro. El país no era republicano ni liberal, los antiguos cabecillas eran republicanos, luego lo de Iturbide, no era lo de Hidalgo, éste era la depravación y la anarquía, aquél la virtud y el orden.

Continuaba la monarquía, y continuaba para aquel desgraciado Fernando VII á quien los constitucionales de España preparaban la suerte de Luis XVI; luego Iturbide había sabido encontrar el equívoco que tan bien sirve las revoluciones. El movimiento se hacía contra España pero para el rey de España, por consiguiente, todos podían ser ahora patriotas; por esto Iturbide, seguido de su plan, se paseó triunfante por todas partes, resucitando los antiguos jefes como Victoria á quien mandó que se acercara á la capital, mientras él se apoderaba de Queretaro y de Puebla. En fin, á mediados de Julio, fuera de Méjico y Veracruz, todo el país reconocía la autoridad de Iturbide, quien con sólo su plan, había logrado que se le equiparara á Bolívar y á San Martín.

Todo iba bien para el ambicioso Iturbide, y para que le fuera aún mejor, el gobierno liberal de España tuvo la buena suerte de mandar á O' Donoju de virey, á Méjico, cuando ya en esta ciudad los españoles indignados, habían destituido al mentecato Apodaca y á O' Donoju que había reemplazado en Cádiz á O' Donnell, y de quien, como de éste, no podían fiar ni constitucionales ni absolutistas.

¿Y qué hace O' Donoju al llegar á Veracruz en esos mismos días de que hablamos? Encerrarse en el fuerte de San Juan de Ulloa y citar á Iturbide para Córdoba, en donde el virey español acepta el plan de Iguala, conviniendo en nombrar una junta provisional de treinta y seis miembros que debía reemplazar el poder legislativo y el poder ejecutivo ó regencia interina nombrada por aquélla, y cuyas funciones habían de durar hasta saber si España aceptaba ó no lo que se había hecho en Méjico.

Justificar lo hecho por O' Donoju, es hoy imposible. La muerte, la fiebre amarilla, le arrebató á poco de haber con su conducta abierto las puertas de Méjico á Iturbide, y lo que se ha dicho de que el gobierno constitucional le había autorizado para obrar, según las circunstancias, no ha de entenderse que autorizara por adelantado lo que hizo. O' Donoju debía concentrar las tropas españolas, publicar la Constitución como un acto de España y no como una conveniencia de lo pactado en Córdoba, y si no se sentía con fuerzas bastantes para imponerse, debía dentro del plan de Iguala, y con sus soldados, abrirse cómodo asiento. Pero la incapacidad y la muerte hicieron su obra.

No le quedaba á España más que el fuerte de San Juan de Ulloa, de Veracruz, en donde se enclerró el general Danvila. El Yucatán se pronunció por el plan de Iguala y se unió á Méjico. En el Yucatán no había un solo soldado español. En Guatemala sucedió lo mismo.

Había triunfado, pues, en toda la línea, el equívoco de Iturbide.

Iban ahora las Cortes á encontrarse con la responsabilidad tremenda de aceptar ó desechar el tratado de Córdoba.

Estas cuestiones se hacen de una manera pasmosa cuestión de dignidad nacional, y la voz de la prudencia y de la razón, rara vez se deja oír.

Necesitaba ya la cuestión americana una solución. España no podía movilizar un ejército, no tenía una armada, y aun cuando se dieron órdenes y más órdenes á los arsenales, ni siquiera se pudo impedir que la marina colombiana dominara los mares

de Cuba. En estas circunstancias, las proposiciones que hicieron los diputados americanos, movidos por los mejicanos Molinos del Campo, Navarrete y Zavala, el historiador, pidiendo que se dividiera la América en tres regiones, con su gobierno y asambleas propias, pero bajo la hegemonía de España, la cual era evidentemente inspirado por el plan de Iguala, no era ni antipatriótico, ni antipolítico, ni una impertinencia. Pero en cuestiones de honra, basta la sospecha para matar la mejor idea. Toreno, haciéndose el campeón de la intransigencia, se bastaba y sobraba para impedir todo acuerdo, pues basta en esos casos tocar la fibra del sentimiento nacional, y sobre todo entre nosotros, para que no se vean más que traidores en los hombres más leales, vendidos en los hombres más íntegros.

Júzguese, pues, de lo que había de suceder en las Cortes al saberse lo ocurrido en Córdoba.

Para unos pocos esto era una solución, para los más una gran desgracia; para ciertas gentes un medio para destruir el gobierno.

Ibarra, Isturiz, Galiano y otros, sostenían que había llegado ya la hora de decretar la independencia de América y de buscar compensaciones para nuestro comercio, excluido ya de hecho del comercio de América por Inglaterra, que nos sustituía en todas partes protegida por los gobiernos revolucionarios, y esto que hasta este momento se mantenían contra América todas las antiguas prohibiciones, hijas de nuestro fatal sistema mercantil.

Mas, ¿cómo había de prosperar lo que tales diputados pedían, cuando había quien pedía que se deshiciera el pacto de Córdoba á cañonazos, cuando no podíamos enviar á Méjico ni cañones ni artilleros?

Toreno triunfó. Se declaró nulo el tratado de Córdoba; Martínez de la Rosa hizo presente á las potencias que España consideraría como una violación de los tratados el reconocimiento de los gobiernos revolucionarios de América; se buscaron medios y recursos para hacer la guerra, se galvanizó, en fin, el espíritu de resistencia que ya hemos visto se hizo sentir con éxito en América; pero fué imposible sostener esa tesitura, y entonces al entusiasmo irreflexivo, á las energías nerviosas, sucedieron los desmayos y los enervamientos.

Mientras tanto en Méjico los españoles se agitaban, y procuraban que Santa Cruz y Dávila hicieran la contra-revolución, lo cual era excitar los más ardientes patriotas, á los republicanos que, apoyados por los Estados Unidos y contando con la seguridad de que no había de ser aceptado por España el tratado de Córdoba, agitaban fuertemente la

opinión, excitando al pueblo para que procurase aprovechar la ocasión que se le ofrecía de afianzar su libertad é independencia.

Pedían los republicanos un gobierno federalista, y esto sostenían los diputados Godoy y fray García y los militares más populares, Victoria y Guerrero, quienes, como Iturbide, también querían para sí el papel de Bolívar.

Dicho se está que no tardó en formarse entre esas dos tendencias extremas el tercer partido á cuya cabeza se puso Fagoga, hombre inmensamente rico y de gran influencia en los distritos mineros cuales minas explotaba, varón docto y prudente de ideas liberales probadas, pues tuvo que sufrir no pocas privaciones por su adhesión á la Constitución española.

Apoyábase este partido en la masonería y en jefes militares como Nicolás Bravo y Barrayán, y su programa era la fiel ejecución del tratado de Córdoba ó mejor del plan de Iguala.

Este partido, llamado los *igualistas* y los *escoceces*, por ser del rito escocés la masonería mejicana, podía, hasta cierto punto, contar con el partido español, pues sus sentimientos borbónicos cuando menos, le unían todavía á España.

Lo que no se podía prever era que Iturbide formase también su partido.

Era ahora Iturbide el hombre del partido clerical. La clerigalla había roto definitivamente con España. Las Cortes con sus leyes de desamortización eclesiástica y sus supresiones de conventos habían arrojado, en toda América, en brazos de la revolución á todos los curas y frailes, quienes creían poder continuar todavía en América la obra de la explotación del país dentro de los nuevos gobiernos. Por consiguiente Iturbide podía contar con el populacho fanático y embrutecido por el clero, y como á este terrible elemento sumaba Iturbide jefes como Santana, Cortaza y Echevarri, y este partido por sus mismos orígenes y elementos se mantenía compacto, y fuerte y disciplinado, resultaba que nadie estaba en disposición de hacer valer su voluntad más que Iturbide.

Iturbide no andaba flojo ni rehacio. Principió por nombrar los treinta y seis miembros de la Junta, se nombró á la vez su presidente, y como á tal se quedó con la presidencia de la Regencia, compuesta de cinco miembros. Claro está que no abandonó á nadie la dirección de las fuerzas militares, y por esto era su generalísimo y su almirante, y como ya sabía de sobra que la opulencia y la ostentación desvanecen á muchos é intimidan á no pocos, se rodeó del